

Aprendizaje de nuevos saberes a través de la prensa infantil del siglo XIX

*Luz Elena Galván de Terrazas**

Resumen:

Durante el siglo XIX, la lectura fue utilizada como un medio para poder instruir a muchas niñas y niños que, por diversas causas, no asistían a las escuelas públicas. En este artículo, analizo un periódico infantil llamado *La edad feliz*, en donde encontré tanto los “nuevos saberes”, como algunos cuentos y juegos. El estudio del siglo XIX nos muestra que, en México, existía un grupo de hombres, en el que también participaban algunas mujeres, preocupados por el hecho de que muchos niños no sabían leer; es por esto que editarán periódicos infantiles. De aquí que la pregunta a la que nos lleva este artículo sea: ¿seremos capaces de realizar de nuevo este esfuerzo, en los albores del siglo XXI?

Abstract:

During the 19th Century, reading was used in order to instruct all those girls and boys that couldn't attend to public schools. In this article I analyzed a newspaper that was written for children: *La edad feliz*, where I founded the “new knowledge” as well as some tales and games for them. The study of nineteenth Century showed us that, in Mexico, there used to be a group of men and some women worried because many boys and girls didn't read, so they edited children's newspapers. So the question is: Are we able to do this again at the beginning of the 21st Century?

Palabras clave: Lectura, periódicos infantiles, nuevos saberes, diversiones, imaginarios de niños y niñas.

* Investigadora del Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS), CE: galvanle@hotmail.com

Key words: Reading, children's newspapers, new knowledge, amusements, child's imagery.

Introducción

La historia de la cultura escrita es un tema muy amplio. Su investigación nos permite acercarnos, tanto a los materiales de lectura, como a sus lectores: hombres, mujeres, niñas y niños. En este artículo, me interesa acercarme a las lecturas informales que, durante el siglo XIX, se escribieron para niñas y niños en México. De aquí que me haya acercado a la prensa dedicada a la infancia, en donde he buscado los nuevos saberes que se les transmitían.

Sobre esta idea del aprendizaje de saberes, Michelle Perrot nos dice que fue, durante el siglo XIX cuando el hijo estuvo “más que nunca en el centro de la familia”. Por ello, ese hijo era “objeto de todo tipo de inversiones además de la afectiva, como la económica y educativa”. Esta inversión, comenta, se reflejaba en una “literatura cada vez más prolija sobre la infancia”. Aclara que este interés no apuntaba hacia su singularidad, sino más bien hacia una colectividad, ya que al niño se le consideraba como “ser social”. El hijo, explica, no pertenecía solamente a los suyos, sino que era el “futuro de la nación y de la raza, productor, reproductor, ciudadano y soldado del día de mañana”. (Perrot, 1991: 152 y 154).

Esta misma autora continúa diciendo que, el considerar al niño como parte de la nación, llevó a que “filántropos, médicos y hombres de Estado pretendieran protegerlo, educarlo y disciplinarlo”. Es entonces cuando, en Francia, aparecieron leyes sociales a propósito de la infancia, como la de 1841 sobre la “limitación de la jornada de trabajo en la fábrica”. Afirmo que no importaba que su eficacia, al principio, fuera muy limitada, sino que lo importante es su alcance simbólico y jurídico. Concluye que la infancia es “una de esas zonas límite en que lo público y lo privado se bordean y se enfrentan, a veces violentamente”, pero también es un “lugar de saberes”. Estos “saberes”, dice, se desarrollan a finales del siglo XIX en el campo de la medicina, la psicología y el derecho. Al conjugarlos, comenta, se convierten en productores de control y conocimientos que llevan a que la infancia, para nosotros, sea un gran “misterio” (Ibid: 154).

Este artículo se enmarca dentro de este misterio que representa la infancia en México durante el siglo XIX, ya que los historiadores de la educación nos hemos olvidado del estudio de las niñas y los niños decimonónicos. Es por esto que en este trabajo, los he considerado como parte de los nuevos lectores que, como apunta Matyn Lyons, van apareciendo en el siglo XIX.

Ahora bien, a partir de las ideas de Michelle Perrot, he podido comprender la importancia de la infancia en México, en donde también se desarrolló una literatura infantil, a partir no sólo de los libros, sino

también de los periódicos. De aquí que, con base en el análisis de estas publicaciones, haya iniciado la búsqueda de la producción de los “nuevos saberes”, ya que he considerado a la prensa infantil como un medio para conocer cómo se educaban, de manera informal, niñas y niños en nuestro país. Esto se debe a que, durante el siglo XIX, había niñas y niños que por diversas causas, no tenían la oportunidad de asistir a un plantel escolar.

Martyn Lyons nos comenta que en el siglo XIX, el público lector del mundo occidental se alfabetizó de manera masiva. Aparecieron nuevos lectores que se interesaron por los periódicos y la ficción barata, sobre todo en el medio urbano. Este autor afirma que la expansión del público lector se vio acompañada por la ampliación de la educación primaria (Lyons, 1998: 475 y 476).

En lo que se refiere a México, no podemos hablar de una alfabetización masiva, ya que a pesar de todos los esfuerzos realizados por legisladores, ideólogos y educadores decimonónicos, nos encontramos con un gran ausentismo escolar. Varias fueron las leyes que se dieron en favor de la instrucción pública, sin embargo, los niños no asistían a los planteles escolares por diversas razones. Algunas de ellas se relacionaban con el hecho de que tenían que trabajar para ayudar a la economía familiar, ya fuera en el campo o bien en la ciudad. También había padres que preferían que sus hijos se quedaran en casa, ya que decían que en la escuela sólo iban a perder el tiempo (cfr. Galván, 1999).

Pilar Gonzalbo apunta que, durante la época colonial, para la mayor parte de la población lo más común era no asistir a la escuela. Los deberes, los comportamientos y los saberes propios del estrato y del sexo, se aprendían informalmente (cfr. Gonzalbo, 1996). Al respecto, considero que el paso de la época colonial al México independiente no se dio de manera inmediata. De hecho, subsistieron durante el siglo XIX, muchas de las costumbres y prácticas coloniales. Además, si los padres y los abuelos no habían asistido a una escuela formal durante la Colonia, ¿por qué lo tendrían que hacer los niños del siglo XIX? En muchas ocasiones, no asistían a la escuela porque simplemente no había la “costumbre” de hacerlo. Poco a poco, dentro de un proceso muy lento, la escuela fue entrando en ciertas comunidades y a ciertos estratos, ya que primero tuvo que mostrar sus bondades, tuvo que hacerse necesaria (cfr. Galván, 1999.)

Otro era el caso de niños que perdían a su padre y que no podían continuar con sus estudios, como nos relata Guillermo Prieto en sus *Memorias*. Este autor escribe lo siguiente: “El funesto año de 1831 aconteció la muerte del señor mi padre [...] Brusca, repentina, y como por encanto, cambió mi existencia”. “Yo había salido de la escuela sin saber nada a derechas [...]” (Prieto, 1992: 75).

De este modo, por diversas razones, la población alfabetizada durante el porfiriato constituía una minoría. Milada Bazant nos habla de un 14% en 1895 y de un 20% en 1910 (Bazant, 1988: 206). Estas mismas cifras son citadas por la Secretaría de Economía, cuyas estadísticas añaden que, para 1900 había un 16% de alfabetos (Galván, 1985: 30).

De aquí que, durante todo el siglo XIX, una de las preocupaciones de muchos pensadores y políticos mexicanos fuera el que la instrucción pública pudiera llegar a toda la población. Para lograrlo, dice María Teresa Bermúdez, la lectura era un “punto clave” (Bermúdez, 1988:127).

Es dentro de este contexto que me interesa hablar de la prensa infantil, como medio para introducir a las niñas y a los niños dentro de la lectura y así, convertirlos en “lectorcitos”. De hecho, María Esther Aguirre afirma que la prensa infantil “apoyó las tareas propias de la educación formal” (Aguirre, 1994: 339).

Niñas y niños contribuirán, como apunta Mc. Kenzie, a “elaborar nuevos textos en donde sus nuevos significados están en función de sus nuevas formas” (Mc. Kenzie, 1986: 20). Lo anterior nos remite a un doble espacio: por un lado el de las formas de lo escrito y, por otro, el de la identidad del público que se acerca a dichos escritos.

En lo que se refiere al primer espacio, relacionado con las formas de lo escrito, he escogido la prensa infantil la cual durante el siglo XIX tuvo una gran expansión. De hecho, María Esther Aguirre nos habla de la existencia de más de cuarenta títulos de periódicos dedicados a los niños y a los maestros, publicados entre 1870 y 1900 (Aguirre, 1994: 335).

El problema es que, muchas veces, sólo aparecen los títulos, pero no las publicaciones en sí. De aquí la necesidad de buscarlas en diversos lugares además de la Hemeroteca Nacional. Por ejemplo, en la Hemeroteca del AGN, en la Hemeroteca Histórica del INAH (anexa a la biblioteca del Museo), en la Hemeroteca del Archivo Zevada (anexa a la Biblioteca de México), en la Colección Latinoamericana Nettie Lee Benson de la Universidad de Texas en Austin, y en diversas hemerotecas de todos los estados.

Entre otros periódicos podemos mencionar *El diario de los niños*, (1839-1840). Posteriormente Rodríguez y Cos redactó *El ángel de los niños* y, más tarde, la Sociedad Católica, *El ángel de la guarda* (1870). Un periódico interesante era *El obrero del porvenir* (1870), que se anunciaba como un semanario para la niñez desvalida. Se distribuía de manera gratuita en la ciudad de México y en otras

poblaciones del interior de la república, cada sábado. Entre otras cuestiones, se informaba sobre la marcha de las escuelas gratuitas. Se imprimía en la Imprenta de la Asociación Artístico Industrial.

En los estados nos encontramos con algunos periódicos, como *El periquito*, en Mérida, Yucatán (1873) y también *El escolar* (1872); *La educación*, periódico de la Sociedad de Enseñanza Popular, en Guanajuato (1871-72); *El abuelo* en San Luis Potosí (1891) y también *El niño* (1870); *La escuela de primeras letras*, en Guanajuato (1870-71) y *El periódico para niños* (1870-73); *El estudiante*, en Oaxaca (1850) y también *La unión escolar* (1900); *El instructor de los niños*, en Coatepec, Veracruz (1870); *El instructor*, en Aguascalientes (1883-1894 y 1896 a 1901), y *El progreso escolar* (1896), en Guadalajara. Algunos se encuentran en la Hemeroteca Nacional. Falta todavía buscar información en archivos y bibliotecas de toda la república mexicana.

Hasta ahora, los que he analizado son: *La enseñanza y El álbum de los niños* (1870-1876), *El correo de los niños* (1872-1893), *La niñez ilustrada* (1873-1875), y *La edad feliz* (1873). De todos estos periódicos, en este artículo analizaré el último, el cual se encuentra tanto en la Hemeroteca Nacional, como en la Colección Nettie Lee Benson de la Universidad de Texas, en Austin.

Ahora bien, ya que como apunta Chartier, “un texto no existe más que porque existe un lector para conferirle significado”, en este artículo también buscaré a los lectores de los periódicos infantiles, a las niñas y a los niños (Cavallo y Chartier 1998: 11). Buscar su “imaginario” será también parte de este esfuerzo; aquel imaginario que se construye desde los intelectuales que editaban estos periódicos infantiles.

Es así como estos dos espacios se unen. Podemos, entonces, hablar de un encuentro entre ambos, lo cual nos lleva a plantearnos algunas preguntas: ¿a quiénes iban dirigidas estas lecturas?, ¿qué se esperaba de ellas?, ¿qué valores se querían transmitir?, y ¿cuál es el imaginario que, de la niña y del niño, se construye a partir de estos periódicos infantiles?

Los ejes que han guiado a este artículo son: por un lado las lecturas infantiles y, por el otro, las niñas y los niños que vivieron en México hacia 1870. Ambos temas se empezaron a trabajar en Europa y los Estados Unidos hacia la década de los sesenta [cfr. Ariès (1987), De Mause (1975), Pollock (1983), Chartier (1992)]. En México, la historia de la lectura llamó la atención hacia la década de los ochenta; con el trabajo de las investigadoras del Seminario de Historia de la Educación de El Colegio de México. En cuanto a los estudios sobre la infancia en el siglo XIX, solamente contamos con el trabajo de Angela Tucker Thompson (1990). Nos encontramos así, con un campo en donde todavía queda mucho por explorar.

Las formas de lo escrito

La edad feliz, Semanario dedicado a los niños y a las madres de familia

El mismo título de la publicación nos indica que estamos frente a un periódico en donde existen dos lectores: los niños y las madres. Esto es lo que lo distingue de otros dedicados únicamente a la infancia. Este semanario se proponía la realización de un “pensamiento nuevo”, y se afirmaba que era el periódico de los niños “más barato y más variado”. Se buscaba la cooperación de la madres con objeto de que las “enseñanzas fueran fructuosas” (*La edad feliz*, 3 de julio y 7 de agosto de 1873).

Se imprimía en la Imprenta y Librería de los Niños (cuyo dueño era José Rosas), que se encontraba en la esquina del Espíritu Santo y Portal de la Fruta. Al respecto, Arturo Sotomayor nos dice que “La esquina ochavada del Portal de los Agustinos, era un sitio urbano singular. Además de dicho portal, también tenía su singularidad la contraesquina del Palacio Municipal, de donde partían los portales del Águila de Oro y el de la Fruta”. Sobre el Portal de la Fruta, nos dice que era “desconcertante porque en él abría su boca un callejón llamado Bilbao, muy próximo a la Catedral, al Palacio Nacional y al Municipal, que sumergía sus casonas y penumbras en medio de edificios no muy altos, pero sí muy robustos. Al fondo del callejón Bilbao estaba una fonda de gran reputación entre los noctámbulos decimonónicos cuyo nombre era indicativo del principal platillo de la minuta: El conejo blanco...” (Sotomayor, 1990: 188 y 192).

El director y redactor de este periódico era José Rosas, mejor conocido por José Rosas Moreno, a quien se le calificaba como un “entendido poeta”. Nació en Lagos de Moreno, Jalisco (1838-1883), pero pasó la mayor parte de su vida en Guanajuato. Hizo sus estudios en el Colegio de San Gregorio en la ciudad de México. Fue perseguido por sus ideas liberales, además de que participó en las violentas pugnas entre liberales y conservadores. Después del triunfo de la República en 1867, fue varias veces diputado federal. Altamirano lo consideró como parte del grupo de los “fundadores de nuestra epopeya nacional” (Altamirano, 1949: 273)

En León, Guanajuato, fundó diversos periódicos. Entre otros podemos mencionar *El tío Canillas*, *La madre Celestina*, *El álbum literario* y *La educación*, periódico de la Sociedad de Enseñanza Popular del estado de Guanajuato. Su contenido era pedagógico e intentaba ser una extensión de la escuela en el hogar. Contenía materias curriculares como química, geometría, física e industrias. En ese mismo estado dirigió *La ilustración infantil* (1878, dedicado al público en edad escolar. Fue colaborador de *El hijo del pueblo* (1873), semanario independiente, político y literario, de oposición al gobierno de Miguel Lerdo de Tejada. Junto con Manuel Peredo, colaboró en San Luis Potosí en *La ilustración potosina*,

semanario de literatura, poesía, novelas y modas. Finalmente, en la ciudad de México fundó *Los chiquitines* y *La edad feliz* (*Diccionario Porrúa*, 1995: 3018 y Abramo, 1998: 64).

Además de periodista, también escribió varios libros para niñas y niños. Entre otros: *La ciencia de la dicha*, *Nociones de moral en verso*, el cual se recomendaba por la “pureza de su doctrina y novedad en su forma”; también *Nuevo libro segundo para uso de las escuelas*, que servía de texto en escuelas primarias; *Nuevo compendio de la Historia de México* (1878), escrito en verso mediante preguntas y respuestas hechas entre el maestro y el alumno y *Fábulas*, las cuales recordaba Arturo Pani que había aprendido de memoria cuando asistió a la escuela primaria en Aguascalientes. Su amplia producción nos indica que se trataba de un intelectual interesado por la educación de la niñez (Pani, 1954: 28).

A José Rosas Moreno se le calificaba como un “entendido poeta, apacible y melancólico”. Se le llamaba el “poeta de la niñez”. En 1891, se publicaron algunas de sus composiciones en *Ramo de violetas*. También fue autor de *El año nuevo* (1874), que fue el primer ensayo de teatro infantil en México; además de cerca de una veintena de obras. Se le considera el mejor fabulista mexicano. (*Enciclopedia de México*, 1993: T. XII: 7034).

Algunos de sus colaboradores fueron Irineo Paz, Manuel Payno y Francisco Sosa. El primero de estos intelectuales, había nacido en Guadalajara, Jalisco (1838-1924). Estudió leyes y se recibió de abogado en 1861. Colaboró en varios periódicos. Durante la Intervención Francesa, tomó las armas en defensa de la República y obtuvo el grado de coronel. Fue miembro de diversas asociaciones científicas y literarias y fundó los periódicos *El padre Cobos* y *La patria*. En *La edad feliz*, colaboró con versos dedicados a los niños, los cuales encerraban una moraleja (*Diccionario Porrúa*, 1995: 2666).

Sobre Manuel Payno, nos encontramos que había nacido en la ciudad de México en 1810. Tuvo varios cargos durante los gobiernos de Santa Anna, de José Joaquín de Herrera y de Manuel González. Combatió en la guerra contra los norteamericanos. Posteriormente fue profesor de historia en la Escuela Preparatoria. En su juventud cultivó la poesía y escribió para el teatro. Su mayor aportación literaria está en el campo de la novela; la más famosa es *Los bandidos de río Frío*. También fue un impulsor del periodismo, colaboró en *El museo mexicano*, en el *Ateneo mexicano* y en *El siglo XIX*, entre muchos otros (Ibid: 2664 y 2665) En *La edad feliz*, contribuyó con interesantes descripciones sobre la ciudad de México.

Otro colaborador fue Francisco Sosa, quien nació en la ciudad de Campeche en 1848 y murió en Coyoacán, en la ciudad de México, en 1925. Estudió en Mérida. Desde joven se dedicó a las letras y al periodismo. Colaboró en la *Revista de Mérida* y, posteriormente, en la ciudad de México escribió en

varios periódicos, como *La revista universal* y *El renacimiento*. Entre sus obras más conocidas se encuentran: *Biografías de mexicanos distinguidos*, *Las estatuas de la Reforma* y *Escritores y poetas sudamericanos*. Fue miembro de la Real Academia Española de la Lengua y de otras sociedades literarias (Ibid: 3342). En *La edad feliz* colaboró con sonetos en donde se hablaba del buen comportamiento que deberían de tener tanto niñas como niños.

Estos datos biográficos, tanto de José Rosas Moreno como de tres de los colaboradores de *La edad feliz*, nos hablan de intelectuales liberales del siglo XIX, que eran literatos y poetas, lo que nos cuenta del carácter literario de este periódico infantil.

En cuanto al formato de *La edad feliz*, cada número constaba de ocho hojas. Su numeración no era corrida. Hasta ahora los números que he encontrado se inician el 19 de junio de 1873, que corresponde al número 1, y terminan el 18 de diciembre de 1873 que es el número 26. El precio de suscripción en México por un mes era de 50 centavos y 62 centavos en los estados por el franco de porte. Se recibían suscripciones en la ciudad de México, en la Imprenta y Librería de José Rosas, y en la de Aguilar Ortiz, 1ª de Santo Domingo número 5. En los estados eran agentes de esta publicación los corresponsales de don José María Aguilar Ortiz.

Al igual que muchas publicaciones del siglo XIX, tanto en América como en Europa, se distribuía por entregas, lo cual reducía su costo y ampliaba la capacidad de su público. En este caso se trata de una publicación semanal que salía todos los jueves a las 10 de la mañana. La mayoría de sus relatos y lecciones no terminaban, sino que continuaban cada semana.

Debido a que la responsabilidad de esta publicación era doble: divertir e instruir, nos vamos a encontrar, tanto con cuentos, charadas, adivinanzas y fábulas como con lecciones y consejos útiles. Algunos artículos eran escritos especialmente para este semanario, otros más eran tomados de obras de escritores famosos. Los autores, en su mayoría, eran hombres, entre otros podemos mencionar a José María Roa Bárcena, Manuel Payno, Francisco Zarco, Andrés Bello, Francisco Campero, Emilio Rey, José Joaquín Borda, Francisco Aranda, John Locke, Ricardo Saunders, "El pensador mexicano" y el propio José Rosas. En contraste, sólo encontramos a una mujer que era Josefa Massanés.

Otra inquietud que aparece también en varias de estas publicaciones es la necesidad de que contengan ilustraciones, con objeto de hacerlas más atractivas para los niños. En este periódico no se encuentran grandes ilustraciones, como en el caso de *La enseñanza* o de *El álbum de los niños*, sin embargo, las que contiene se proponen con una finalidad didáctica.

Todos los números del periódico se iniciaban con una niña sentada mostrándole un libro a un niño que estaba de pie. También aparecen una niña y un niño con globos; otra niña estaba brincando la reata, llevaba sombrero, capa y botas. Todos estos niños se encontraban en un jardín. Finalmente, en un primer plano, hay una esfera que representa al mundo y varios libros. Se trata así de una ilustración en donde se mezclaba el juego con el estudio.

Algunas ilustraciones invitan al lector a imaginar, como en el relato de “La ondina”, en donde se representa a un ser que vuela sobre el mar, supuestamente es un genio y tiene en sus brazos a una niña pequeña con un vestido largo, que representa a “la ondina”. Otra más, se relaciona con el cuento de “Los dos talismanes”, en donde nos encontramos con un monstruo, representado por una serpiente con alas que está en medio de un bosque (*La edad feliz*, 26 junio 1873). Es así como todas estas imágenes hacían que el niño pudiera volar por medio de su imaginación, hacia otro mundo, un mundo de hadas, duendes, genios y monstruos.

Entre las ilustraciones, cuya finalidad era didáctica, podemos mencionar la de la lección de meteorología, en donde encontramos un globo aerostático que se eleva en el cielo; las de las lecciones de historia del arte, como la del Palacio de la exposición de Viena, la catedral de México, el castillo de Chapultepec y la catedral de Estrasburgo, en todas ellas se explica el estilo arquitectónico al que pertenecen.

Debido a que se trata de un momento en que en la educación eran muy importantes los castigos, hay una ilustración que se titula “En la escuela”. En ella encontramos a tres niños. Uno de ellos está hincado, lleva puestas unas orejas de burro y está llorando. Otro está de pie y le está hablando y, el tercero, está más retirado y levanta un pie y una mano, como si estuviera bailando. Los niños llevan pantalones abombados y sacos largos. La ilustración se completa con una mesa y un cuadro en donde está el abecedario (*La edad feliz*, 3 julio 1873). De este modo se muestra, sin palabras, que quien no estudie recibirá un castigo, como eran las llamadas “orejas de burro”.

Al respecto, Guillermo Prieto en sus *Memorias*, nos habla de la “palmeta” y del “encierro”, como los “castigos más comunes”. En otras escuelas, comenta, había un día “dedicado exclusivamente a azotar”. Se refería también a un maestro, don Isidro, cuyas “facultades de castigo estaban limitadas a estrujones expresivos, y a hincar, y poner en cruz a sus súbditos”. (Prieto, 1992: 57).

También Antonio García Cubas, recordaba que en las escuelas lancasterianas, cuando los alumnos infringían las reglas eran castigados. Algunos niños portaban “planchuelas”, otros deberían “arrodillarse y poner los brazos en cruz”. Por causas más graves, “el estudiante era llevado con el

director para que recibiera golpes con la palmeta”. Otro castigo, que poco a poco se fue desterrando era el de la “corma, que consistía en sujetar en un pie, o con los dos, planchas pesadas de madera”, entre otros más (García Cubas, 1978: 12 y 13). En la Escuela Lancasteriana, los castigos se suspenden hasta 1861. Sin embargo, los seguimos encontrando como parte de la educación del “buen alumno”, quizá ya no con tanto rigor como antes.

Los nuevos saberes

Los saberes curriculares

En este periódico se encontraban algunas de las materias que se impartían en las escuelas de la época. Entre otras, tenemos lo relacionado con la geografía. Se hablaba de la república mexicana, de su aspecto físico, clima y producción, de sus montañas, canteras, mármoles y piedras litográficas, principalmente.

Las lecciones de Historia de México, se iniciaban con la peregrinación de los aztecas, su cautiverio y la fundación de México, relatadas a manera de cuento. El descubrimiento de América y los viajes de Colón, en varias entregas, constituyen un material rico e interesante. Pasa después al descubrimiento y conquista de México. Habla de la llegada de Cortés a San Juan de Ulúa y cómo se creía que los españoles eran seres “sobrenaturales que habían bajado de las regiones donde se fabrica el rayo”. Continúa con el camino de Cortés hacia la gran Tenochtitlán, su llegada a esta ciudad y cómo decidió apoderarse del emperador por medio de un ardid. Relata la muerte de Moctezuma y la salida de Cortés a pelear en contra de los soldados de Pánfilo de Narváez. Habla de cómo ahorcaron a “Guatimozin”. Termina por decir: “Después de tantas hazañas, crueldades y conquistas fue llamado Cortés a España y privado de su autoridad murió pobre en un pueblo de las cercanías de Sevilla” (*La edad feliz*, 9 octubre de 1873).

También dentro de estas lecciones se trata el descubrimiento y conquista del Perú. Se refiere a Francisco Pizarro como un “aventurero de oscuro linaje, pero de un valor a toda prueba” (*La edad feliz*, 16 octubre de 1873). Este relato continúa durante varias entregas. Como parte de este tema, también se explica la conquista de Panamá, Venezuela, Nueva Granada, Río de la Plata y Brasil, principalmente.

Las lecciones terminan con los nombres de los once reyes “mexicanos” y con un relato sobre las ruinas de la “Antigua Tollan”. En él se habla de las ruinas de Tula como un lugar de “aspecto triste” que en otro tiempo había sido “feliz y poderoso”. Describe la “moderna Tula”, el río Tula, su población, la iglesia parroquial y sus archivos. También explica la cría de ganado, las aves que existen en Tula, los

reptiles y los insectos, principalmente. Es interesante cómo en estas explicaciones se une la historia con la geografía y las ciencias naturales, además de que se conjuga el pasado con el presente

Es necesario recordar que, durante el siglo XIX, el rasgo más característico del pensamiento histórico, era la idea de concebir a la historia como *magister vitae*. Se basaba en una perspectiva genealógica de la historia, o sea que el pasado contiene la razón del presente y se proyecta sobre el porvenir. Ésta es la idea que predomina en las lecciones de historia que se presentan en este periódico, en donde se une pasado y presente.

Hacia 1867 después del célebre discurso de Gabino Barreda en Guanajuato, se introduce en México el positivismo “como filosofía, como sistema educativo y como arma política” (Villegas, 1972: 12). El positivismo fue la orientación preponderante de la intelectualidad mexicana, por lo que en el campo de la historiografía tuvo diversos exponentes, como Porfirio Parra, Francisco Bulnes y Ricardo García Granados. El estudio de la historia se veía como algo necesario para encontrar “las leyes reguladoras de la evolución social”. Con el tiempo, de esta concepción del mundo sólo “quedó el método” (Matute, 1981: 11 y 12). También el método positivista se encuentra en algunas de las lecciones de historia que se enseñaban a los niños en *La edad feliz*.

Es interesante hacer notar que, en el momento en que se escriben estas lecciones de historia (1873), la enseñanza de esta disciplina no era obligatoria en las escuelas primarias. De hecho, fue hasta después de los Congresos Nacionales de Instrucción Pública (1889-1890 y 1890-1891) que se fijó cómo se debería de enseñar la historia en estas escuelas. La enseñanza la historia, entonces, fue una preocupación para pedagogos y maestros ya que se consideraba como una materia fundamental en la formación del carácter nacional (Vázquez, 1970: 97).

Otra materia interesante que aparece es la de las ciencias naturales, la cual se desarrolla invitando a los niños a realizar una aventura. Se titula “Monstruos invisibles” y empieza por decir que ese viaje sólo lo pueden realizar un “pequeño número de privilegiados”:

Ojalá sólo aspire a ver las cosas más extrañas del mundo, a soñar únicamente en viajes y correrías aventureras, a no proyectar más que lejanas excursiones, y a no estar parado un momento, como se dice familiarmente. Quiero llevarte al país más fantástico que sea posible recorrer, y esto sin obligarte a preparar las maletas, ni aun a tomar el tren, el carruaje o el paquebot, sólo exijo de ti que abras los ojos, o con uno solo es suficiente.

Se refiere, así, al mundo pequeño que existe y que no es visible a nuestros ojos, sino mediante un microscopio (*La edad feliz*, 31 julio 1873).

Este relato continúa durante varias entregas. Primero, acerca a los niños al microscopio. Les explica que, al igual que las armas de fuego, existen microscopios de menor y otros de mayor alcance. Se refiere también al cuidado que se debe de tener al utilizarlo. Explica que el pequeño lector es como el príncipe de un cuento que tiene que convertirse en un héroe, ya que en el microscopio se tendrán que enfrentar a los “parásitos” (*La edad feliz*, 21 agosto 1873).

Poco a poco, les va presentando a los diversos parásitos que habitan en nuestro mundo. Realiza una explicación sobre el piojo y las liendres y cómo se reproduce y causa muchas enfermedades. Habla de una terrible enfermedad que se engendra bajo la piel humana. Dice que se trata de la sarna y que hoy en día ya se puede curar. Comenta que hasta ahora solamente se había explicado algo sobre los parásitos que nos “atacan abiertamente”, sin embargo —dice— existen otros monstruos que nos atacan internamente, que son los “entozoarios” o sea animales interiores (*La edad feliz*, 11 septiembre. 1873).

Explica que no sólo hay parásitos en el tubo digestivo, sino que todos nuestros órganos tienen sus parásitos. Termina por referirse a los dípteros que viven bajo la piel de algunos animales, y a veces suelen comerse los cadáveres de los animales muertos. Sin embargo, no atacan a los hombres porque éstos están limpios (*La edad feliz*, 2 octubre 1873). Las ciencias naturales, en este periódico, se explican de manera amena y didáctica, además de que se hace referencia a la necesidad de que los lectorcitos siempre estén muy limpios.

Otra materia que no podía faltar, es la de las matemáticas. Contiene algunos problemas que se les pide a los niños que resuelvan. Sin embargo no aparecen las respuestas de los niños y, posteriormente, en algunos números el mismo editor da las respuestas correspondientes.

También se dan varias lecciones de ortografía, tomadas del libro de D A Chimalpopoca (*La edad feliz*, 31 julio 1873). Otra lección, es la de meteorología, tomada de Margollé y Zurcher. Es una historia de tres niños que están con su padre y uno de ellos le dice que la tarde está muy hermosa que hay mucha luz, y que le parece que “arriba, muy arriba, ha de haber tanta luz que se ha de quedar uno deslumbrado”. A partir de esa afirmación el padre les explica que “a una gran altura se va debilitando poco a poco la claridad producida por los rayos del sol”. Dice que los “aeronautas que se han elevado siete u ocho km sobre la superficie de la tierra, han visto al medio día, brillar en la noche las estrellas”. Al decir los niños que el cielo es azul, el padre les explica que el color azul no existe. Les habla de la luz y de cómo se descompone en diversos colores. Finalmente admiran la puesta del sol y alaban a Dios (*La edad feliz*, 26 junio 1873) En este tipo de lecciones se unía la ciencia con la religión, como parte de la formación de niñas y niños.

Buen comportamiento, higiene, alimentación y ejercicios físicos

Una materia que Guillermo Prieto recordaba que se impartía en su escuela, es la urbanidad (Prieto, 1992: 58). En este periódico una de las lecciones se titula “De la urbanidad en la calle”, se trata de dos cuartillas en donde lo más importante son las figuras que contiene. Al lectorcito se le dice que en la calle debe de mostrar “decoro y moderación”, no debe de “marchar con furioso movimiento”, tampoco debe “deslizarse lento como si estuviese dormido”, ni debe “cruzar la calle con eterno balanceo como buque en tempestad”, tampoco debe “mover los brazos como aspas de molino”, “al marchar no se deben azotar las pantorrillas, con el talón, ni tampoco andar de puntillas”, tampoco se deben hacer “visajes y gestos como si fuera un demente”, “no llames a nadie a voces ni a carcajadas te rías”, para saludar se le dice que lo debe hacer “sin presunción e inclinando la cabeza”, ni tampoco se debe de mirar a “todo el que pasa” (*La edad feliz*, 4 septiembre 1873). Para ilustrar lo de la urbanidad, ponen la figura de un adolescente que lleva pantalones bombachos arriba de la rodilla, botas y un saco a cuadros. En la cabeza lleva un sombrero.

Otra parte de este semanario la componen los consejos, tanto para las madres de familia como para los propios niños y niñas. Éstos se estructuran desde la urbanidad, la religión, las buenas costumbres, la educación y la alimentación, principalmente.

Dentro de la urbanidad, se les recomendaba el tener “buenas maneras”. Se insistía en que el modo de proceder que tuvieran con los demás, iba a ser el modelo de la conducta de otros para con ellos. Se les recuerda, entonces, que lo que hagan hoy en día y cómo se comporten, será su herencia para el mañana, cuando ya no estén jóvenes; en su trato con los demás, se les recomendaba que fueran bondadosos y dulces (*La edad feliz*, 10 de julio de 1873).

La religión tenía también un importante espacio dentro de este periódico, por lo que se les decía a los niños que el primer acto de la mañana debería de ser el de darle gracias a Dios por la vida que les había concedido y prometerle que la emplearían en algo útil y beneficioso para los demás. A la lectura, se le consideraba como el “alimento del alma”, por lo que se recomendaba que nunca les faltara este sustento. En otras ocasiones se les decía que lo único que tenían que buscar, era el “camino que los llevara al cielo”. Les recordaban que la oración purificaba el alma y le daba tranquilidad a sus corazones (*La edad feliz*, 2 de octubre 1873).

Debido a que este periódico estaba dirigido también a las madres de familia, en ocasiones se les advertía diciéndoles:

Educar a un niño es guiarle por el camino del bien, desde los primeros pasos que da en la vida, hasta el desarrollo perfecto de la razón; desde la cuna hasta la juventud. La educación de los primeros años es la más necesaria, la que decide siempre el porvenir y la felicidad del hombre que, con todo su genio y cualidades, está contenido en el débil niño que sonríe o que llora.

De aquí que se les recordara que la negligencia en la educación del niño, en sus primeros años, “produce siempre funestos resultados”.

Dentro de la misma idea, se referían a “Madame Campan y a las señoras Hamilton y Saussure”, como las más distinguidas escritoras que habían fijado su atención en la educación de la infancia. Se explicaba que la señora Hamilton decía que eran las madres quienes “dan el primer impulso a los afectos y a las pasiones nacientes, bajo su influencia se desarrolla en el alma del niño el mundo intelectual, ellas forman el corazón del hombre.” La primera recomendación que se le hacía a las madres, se refería al aseo indispensable de los niños y a los cuidados que deberían tener en su alimentación. Decía que esto era importante ya que “más de una enfermedad ha tenido por causa la falta de aseo”.

Como parte del buen comportamiento, en otro discurso se les decía a las madres de familia que: “Loke (sic), previene que se acostumbre a los niños a dominar sus deseos desde los primeros años y a no tener capricho alguno”. Las cosas no las deben de tener porque les agradan, dice Locke, sino porque les son útiles. De aquí que hay que proporcionarles únicamente lo estrictamente necesario. Por su parte los autores del periódico afirmaban: “Nosotros creemos que en los dos primeros años, los medios de represión deben disfrazarse diestramente sin debilitarlos” (*La edad feliz*, 18 septiembre, 1873). Es así como en este relato nos encontramos con diversas voces que le daban consejos a las madres sobre cómo deberían educar a sus hijos, con objeto de que siempre se comportaran de acuerdo con lo que la sociedad exigía.

Parte importante de la educación de los niños, en este momento, era la higiene, ya que no hay que olvidar el alto índice de mortandad infantil a lo largo de todo el siglo XIX. En este periódico, a manera de verso se recomendaba lo siguiente:

Vivir sin miedo, comer asado, verduras pocas, licor escaso. Andar al campo, pescado poco, y no salado. No dormir siesta o breve rato. Del lecho alzarse al sol muy claro. Usar frecuentes ácidos sanos. Frutas jugosas echar a un lado, melón e higo ni imaginarlo. El té y la salvia usar a pasto. Frotarse el cuerpo en despertando. Con buen vinagre recibir baños, con él lavarse la boca y manos. De húmedo piso los pies guardados. Si el cuerpo suda no ventilarlo. Fumar en pipa, seco el tabaco. Alcanfor siempre llevar guardado. El chocolate poco cargado. En todo tiempo huir de helados. Especies pocas en el guisado. Pocos pasteles y esos de paso. Tener el vientre aligerado. Sana conciencia, mental descanso. Cavilaciones, darles de mano y no

inquietarse ni hacer malfate aunque la cena la coma el gato. (*La edad feliz*, 25 septiembre 1873).

Sobre la alimentación, se advertía a las madres del peligro que traía el darle a los niños muchas golosinas, debido a que “el estómago es un órgano delicado que se fatiga y altera, por lo que el niño se pone pálido y pierde su alegría, el sueño se aleja de él y muchas veces la muerte se presenta”. Otro peligro es que “la satisfacción constante de todos los deseos, hace que el niño se incline a la glotonería”.

Por otro lado, se afirmaba que el tiempo de la “lactancia es sumamente peligroso y en él debe ponerse todo cuidado, pues de esto depende la salud futura de los niños”. Se aconsejaba a las madres que “críen a sus hijos” ya que no era fácil encontrar a una nodriza que la sustituya. Las madres, para poder criar bien a sus hijos deberían evitar, durante la lactancia, el comer alimentos de difícil digestión y entre los que se recomendaba comer estaban: carne de ternera o pollo, arroz, papas cocidas con sal, plátanos y verduras, excepto la col. Para beber, lo mejor era “atole, leche de vaca y pulque”, ya que estos líquidos producían “mucho y muy buena leche”. Lo que se prohibía era: carne de puerco, café y licores. En cuanto a la alimentación de los niños, recomendaban frutas, verduras, leche de vaca y darle carne hasta después de los tres años. Todos estos consejos los tomaban de Loke (*La edad feliz*, 16 de octubre 1873).

También se hacía énfasis en la educación física. Se decía que la naturaleza nos indica que el “ejercicio es necesario a la infancia, ya que al privarlos de ejercicio se ponen tristes, se enflaquecen, se enferman”. Advierte también que el ejercicio no debe llegar nunca hasta producir la “excesiva fatiga, debe ser frecuente pero no muy prolongado”. Para el paseo de los niños debe escogerse un sitio pintoresco, donde haya árboles y flores que refresquen y purifiquen la atmósfera” (*La edad feliz*, 19 de junio de 1873).

Se trata, entonces, de un discurso que se articulaba desde el cuerpo y la necesidad de cuidarlo desde la primera edad. De hecho, es una idea que se encuentra en muchos de los discursos de esa época. Así, por ejemplo, hacia 1890, el médico Victoriano Pimentel escribía lo siguiente: “Educar al cuerpo es importante al menos para la mayoría de los hombres que viven del trabajo físico”. Señalaba que entre las partes físicas, intelectual y moral del hombre existían íntimas relaciones, por ello la educación física era indispensable para “formar ciudadanos útiles, laboriosos y de buenas inclinaciones”. En otro discurso, hacia 1894, se insistía en que la educación física era importante para el buen funcionamiento de la salud. Era por esto que a los niños se les enseñaba el movimiento del cuerpo, como la “flexión, torsión, elevación de pie, saltos, carreras y bateo de pelota” (Méndez, 1999: 19 y 103).

Diversiones

Cuentos y relatos

En este semanario también se publicaban diversos cuentos, los cuales formaban parte de esta idea de divertir a los niños que se encuentra en varios periódicos infantiles. Los cuentos, también eran escuchados en el salón de clases. De este modo, Guillermo Prieto recordaba, tanto a su tía “Doloritas” que le leía cuentos, como a su maestro quien, por medio del “encanto de la leyenda y la magia del cuento de hadas”, penetraba “sagaz en el alma de los alumnos y, sin saberlo, nos daba la gran lección oral” (Prieto, 1992: 59 y 69).

Por otra parte, Philippe Ariès apunta que los cuentos, no sólo eran escuchados por los niños, sino que también se “recitaban en las veladas de los adultos” (Ariès, 1987:97). Esta afirmación nos lleva a relacionarla con algunas ideas que, sobre la lectura en voz alta, propone Chartier cuando nos explica cómo muchos textos están hechos para ser leídos en voz alta en una comunidad y, cómo este tipo de lectura se convierte en una “práctica de sociabilidad en diversas circunstancias y con finalidades múltiples”. (Chartier, 1991: 122). Este mismo autor nos comenta que la lectura, en diversas ocasiones, se “halla en el centro de la vida de los grupos de convivencia social”, quienes deseaban “evitar el hastío de la soledad...” La lectura en voz alta, añade Chartier, es una de las “prácticas que dan coherencia a otro ámbito de la vida privada: el de la intimidad familiar” (Chartier, 1991: 151y 152).

Al respecto, Alain Corbain nos comenta que hasta la primera Guerra Mundial, la velada en voz alta siguió siendo parte de una importante tradición entre los campesinos. Durante dicha tertulia se leían relatos o cuentos cortos, ya que se trataba de proporcionar un tema de comentario entre los participantes de la reunión (Corbain, 1991: 194). Esta idea, para el caso de México me hace pensar que quizás, durante las veladas familiares, se disfrutaba de la lectura de una o dos cuartillas que ocupaban los cuentos y relatos en las publicaciones infantiles.

El mismo Guillermo Prieto nos habla de las “veladas y tertulias femeninas”, en donde su madre y sus primas “inventaban juegos y recitaban versos”. Comenta que también “leían [...] y declamaban versos de Lope y Calderón de la Barca”, los cuales él memorizaba (Prieto, 1992 T.I: 66.).

Por otra parte, Toribio Esquivel Obregón recordaba que en la ciudad de León, Guanajuato, hacia 1870 por las tardes, “se leían novelas publicadas en *La moda elegante*, por episodios”. Entre otras mencionaba, *Las hijas de Atanagildo*, *Pobre Lucía* y *Las hijas de lord Eackburn*. Seguía diciendo que, “después de las oraciones de noche, se rezaba el rosario, luego se servía la cena en el comedor y para los chicos, en la cocina”. Comentaba también que después de la cena “los chicos eran mandados

a acostar: los grandes se reunían, todos agrupados alrededor del quinqué, y se emprendía la lectura de algún libro, de cuando en cuando interrumpida por los comentarios que suscitaba”. Terminaba por decir, “el toque de la campana principal de Catedral a las diez de la noche, señalaba el toque de queda y, con ello, la tertulia llegaba a su fin” (Zermeño, 1996: 500).

Durante toda esta época la lectura era parte de una sociabilidad que se desarrollaba en derredor de una vela o quinqué Toribio Esquivel nos dice que las gentes, en esos tiempos, “tenían que agruparse dentro de un pequeño círculo, la intimidad era mayor, la controversia más animada, la comunicación de las ideas más fácil”. Todo esto se perdió al aparecer la luz eléctrica la cual, por ser más potente, permitía que las gentes “se dispersaran con sus rayos, ya no fue necesario agruparse, cada cual tomó su libro o su labor y se puso a pensar para sí. La tertulia familiar se acabó y se apagó al mismo tiempo la lumbre del antiguo hogar. Desde que cada uno leyó para sí, ya no hay quien lea para otros. Cesó la oportunidad y con ella el deseo del comentario” (Ibid. 500). Esta reflexión nos permite pensar en que la lectura en voz alta fue parte muy importante de estas tertulias familiares y que, tal vez, algunos periódicos fueron leídos en voz alta por aquél que sabía hacia el que no sabía leer.

El análisis de los cuentos desde esta perspectiva nos permite imaginar al padre o a la madre leyendo en voz alta alguno de estos cuentos a sus hijos. Al respecto, Michelle Perrot nos recuerda que, en el siglo XIX, la alfabetización de las mujeres en las ciudades progresó rápidamente. De aquí que ellas mismas les “enseñaran a leer a sus pequeños” (Perrot, 1991:152).

Por otra parte, Alain Corbain explica cómo los hábitos de lectura “difieren de acuerdo con la edad y el sexo”. De este modo, una lectura propia para introducir a los niños en esta práctica era, precisamente, la de “cuentos y leyendas”, como lo prueban las “múltiples reediciones de Perrault o de Mme. de Aulnoy” (Corbain, 1991:195).

Al revisar los materiales que nos proporciona este semanario, nos encontramos con que en los cuentos se encierran diversas virtudes, como la del perdón que se dibuja a través de la historia de la *Princesa sensitiva*, quien había perdonado a sus hermanos que le habían hecho daño. Aquí también nos encontramos con el ideal de mujer que encontrará marido, ya que se dice que un caballero le propuso a la princesa matrimonio por ser “hermosa y amable” (*La edad feliz*, 14 agosto 1873). Es así como se construye el imaginario de la mujer quien, entre sus cualidades debería de contar con ser hermosa.

Otro de los cuentos nos habla de que no se deben de guardar resentimientos. Aquí, de nuevo nos encontramos con el imaginario de la niña “hermosa”, que tenía “ojos azules, blanca tez y blondos

cabellos" (*La edad feliz*, 7 noviembre, 1873). El ideal así, era el de una niña europea. De hecho, la mayoría de los periódicos infantiles estaban dirigidos a la clase media alta y alta, la cual en ese momento, se identificaba mucho con la moda y el gusto europeo.

Había relatos que se estructuraban desde la religión, como aquellos relacionados con "las mujeres de la Biblia", en donde se hablaba de Dalila, de quien decían era "muy astuta" y de "costumbres sospechosas". Explicaban cómo logró arrancarle a Sansón el secreto de su fuerza ya que este hombre se "defendía difícilmente de las astucias de una mujer". Relata cómo se apoderaron de él pero, finalmente, logró recuperar su fuerza porque "Dios no lo abandonó y su cabello volvió a crecer". Otro más, se relaciona con la historia de Adán y Eva, estaba escrito a manera de estrofas. Relataba cómo Adán se dejaba llevar por Eva y desobedecían a Dios, al comer la manzana del árbol prohibido (*La edad feliz*, 7 noviembre y 18 diciembre, 1873).

En otros cuentos se nota la relación que existía entre los niños y sus abuelos. Eran ellos quienes les enseñaban a rezar, los cuidaban, les daban buenos consejos o bien les contaban algún cuento. Estos cuentos iban desde los clásicos de *Pinocho* y *La bella durmiente*, hasta relatos de su vida cuando eran pequeños. Se trata así de un acercamiento muy interesante entre dos generaciones, y de una convivencia de los niños con los adultos.

Además de los cuentos, también se encuentran una serie de relatos. Algunos estructurados a manera de preguntas y respuestas, con objeto de que fueran leídos en voz alta. Al respecto Chartier nos dice que en textos antiguos se daban las instrucciones al lector de cómo debía leer el texto. Posteriormente, en textos más modernos, la puntuación gramatical va indicando pausas y oralidades para que se realice la lectura en voz alta (cfr. Chartier, 1996). A manera de ejemplo tenemos el siguiente diálogo entre un padre y su hijo:

El oro

Qué es eso papá? Preguntó Mauricio.

Una onza de oro.

¿Pues, qué es el oro?

Es uno de los metales más preciosos y más estimados.

¿Y quién hace el oro papá?

Sólo Dios, hijo mío, antiguamente los hombres tuvieron la osadía de igualarse a su criador y así nació la alquimia, que le dio origen a la química moderna.

Yo sé que la piedra filosofal convierte en oro cuanto toca; ¡lástima que nadie haya podido encontrarla!

¡Yo la he visto hijo mío!

¡Tú, papá!

Con ella he vivido, con ella he alimentado a mi familia.

¡Yo quiero verla, yo quiero verla!

La verdadera piedra filosofal, hijo mío, es el trabajo.

El autor termina por decir: “trabajad y seréis ricos, amad la virtud y seréis dichosos” (*La edad feliz*, 31 julio 1873).

En otros relatos la religión estaba presente. De este modo, se hablaba de Dios, de su justicia y sabiduría, de la Virgen y de cómo era madre de todos los hombres ya fueran ricos o pobres. También nos encontramos con plegarias al ángel de la guarda, con invocaciones religiosas y con diversas oraciones. Una de ellas, “La oración por todos”, estaba escrita a manera de verso y, entre otras cosas, decía: “Ve a rezar hija mía. Ya es la hora. El día es para el mal y los afanes; he aquí la noche plácida y serena. El hombre tras la cuita y la faena quiere descanso, oración y paz” (*La edad feliz*, 14 noviembre, 1873). En esta oración nos encontramos con una dualidad interesante entre el día y la noche, en donde el día es para el trabajo y la noche para la oración.

Los paseos

En este periódico, también se encuentran bellas descripciones de “paseos”, los cuales formaban parte de las diversiones y del ocio decimonónico. Entre otros, hay uno relacionado con un “Paseo infantil en la Alameda de México” el cual, entre otras cosas, decía:

Uno de los más bellos espectáculos que la capital presenta en los días de fiesta, el paso de los niños en la Alameda. Allí nuestros pequeños amigos, después de las fatigas del estudio en la semana, hallan un dulce solaz entre el césped y las flores, a la sombra de los hermosos y gigantes árboles. [También relataba que había un pequeño tren que daba la vuelta por todo el parque, al cual se subían los niños. Hablaba de que las niñeras y los padres cuidaban a los niños. Terminaba por afirmar que...] los paseos y el ejercicio al aire libre, bajo los árboles, son muy benéficos a la infancia. Ojalá que en todas nuestras ciudades hubiera paseos infantiles y que todos los establecimientos de instrucción pública tuvieran hermosos jardines para los niños. (*La edad feliz*, 9 octubre 1873).

Este relato está acompañado de una ilustración muy grande que ocupa dos cuartillas del periódico, por medio de la cual podemos imaginar cómo eran los paseos en la Alameda. Se dibuja un gran bosque con muchos árboles, en donde niñas y niños juegan; algunas brincan la reata, con sus vestidos a media pierna rodeados de olanes; otros corren o montan en bicicletas, con sus pantalones bombachos, medias, botines y sombreros. Un pequeño tren con su silbato anuncia su salida, y recorre todo el bosque dejando una estela de humo a su paso. Mientras, las madres y los padres de familia se pasean lentamente; ellas, con sus vestidos largos hasta el tobillo y sus sombrillas; ellos, con sus trajes oscuros y sombreros de copa. Era así como pasaban una tarde apacible, en este maravilloso bosque de la Alameda, hace más de cien años.

Otro lugar muy bello que se describe, del cual ya muy poco nos queda, es el Desierto de los Leones. El relato está tomado del *Álbum* de Manuel Payno, y se titula: "El Desierto", comienza diciendo:

Los que viven en el valle de México, puede decirse que viven en un paraíso. Apenas se sale de las puertas de la ciudad cuando se encuentran calzadas llenas de fresnos, de álamos o de pinos, o el bosque antiguo y venerable de Chapultepec, o Tacubaya con sus magníficos edificios y sus extensas huertas, o San Ángel o San Agustín con sus arroyos de agua cristalina, con sus bosquecillos de manzanas o de peras y sus campos llenos de flores y de mieses [...] Si se decide un día abandonar la ciudad con su ruido constante de carruajes, sus intrigas, su chismero político, su pesada atmósfera, se aventura a una expedición muy lejana, entonces se podrá visitar un delicioso sitio que se llama las Fuentes, arriba de San Agustín, o tomar una frágil chalupa y hacer una expedición de caza en los lagos, o visitar el Desierto Viejo.

Es a partir de aquí, en donde inicia su relato sobre el Desierto Viejo diciendo:

Cuajimalpa dista de México cosa de siete leguas. El camino es muy pintoresco y acaso el mejor construido y conservado en toda la República. Antes de llegar a Cuajimalpa es preciso pasar por el pueblo de Tacubaya, atravesando las pintorescas lomas de Santa Fe y a cada momento descubre la vista ya una cañada profunda llena de árboles, ya un molino edificado en el costado de una colina, ya un caserío rústico. Cuajimalpa es una hacienda que consta de dos edificios, una venta o un mesón con su posada, algunos cuartos, un patio cuadrado y extensas caballerizas. El otro edificio consta de un solo piso, está situado en la orilla de la gran calzada o camino real que sigue para Toluca, y sirve de habitación al dueño de la hacienda.

En su relato, habla del clima, el cual era frío en invierno, pero en verano y otoño era "delicioso". Se explicaba que, para llegar al Desierto Viejo, había que cruzar dos lomas cubiertas de árboles muy espesos. Desde lo alto de una de las lomas se descubría una magnífica vista del valle de México:

[...] con sus lagos de plata, con su ciudad de palacios, con sus bosques de árboles, con sus pintorescas aldeas, con sus montañas de lapizlázuli, y todo esto envuelto en una bruma de polvo de oro, todo esto bañado con una luz espléndida [sic], presentándose con los colores más variados, desde el color de oro subido hasta la desvanecida gualda, desde el azul oscuro hasta el suave aperlado [...] Unos cuantos pasos más y la escena cambia totalmente. Vuelve uno a encontrarse en aquella profunda y augusta soledad de las montañas y de los bosques, vuelve uno a escuchar aquellos ruidos misteriosos de las selvas.

El autor continuaba con su retrato y explicaba que:

El Desierto tiene todo el magnífico desorden de la naturaleza. Algunos de sus árboles, que en su mayoría son ocotes, madroños, encinos y oyamel, son enteramente rectos, altos y gruesos y por cada tronco abatido por el hacha del leñador, hay multitud de renuevos que prometen que, dentro de 80 o 100 años, la montaña siempre estará sombreada por gigantescos árboles.

Terminaba por explicar que en el Desierto Viejo se encontraban las ruinas de un convento de carmelitas, cuyo acceso no era sencillo, por lo que decía que, “con mucho trabajo, apartando matorrales y espinas, se penetra a las ruinas y puede observarse que era un espacioso y bien construido monasterio” (*La edad feliz*, 23 de octubre de 1873).

La lectura de esta descripción sobre el Desierto Viejo, permitía que niñas y niños conocieran un poco más de la ciudad de México, ya que este periódico se distribuía en diversos estados de la república mexicana. Se trata de un momento de esparcimiento, de ocio, cuya finalidad era salir de la rutina y poder “pasearse” por los alrededores de capital.

Charadas

Parte importante de las diversiones en estos periódicos infantiles, las constituían las llamadas “charadas”, que eran juegos de palabras que, niños y niñas debían de adivinar. También tenían la intención de llenar el “ocio” infantil. A manera de ejemplo mencionamos la siguiente charada:

Mi prima, si repite, es nombre que de niño con igual cariño solí yo pronunciar,
de un árbol ya caduco, segunda y prima pende, y a veces nos defiende del sol canicular.
En tiempo del segundo Felipe y del tercero, visitó más de un guerrero primera y cuarta,
a fé cuadrúpedo que habita en apartado clima en cuarta unida a prima, y aquí también se ve.
Lectorcito, tercera y cuarta, ya chica o grande sea, es algo más que aldea y menos que ciudad.
Mi todo, flor sencilla que en nuestros parados crece, y ornar la sien merece de púdica beldad.

La respuesta la dieron dos niñas: María Martínez del Río y Luisa Zarco y Elorriaga, quienes decían lo siguiente:

La prima es ma, que repetida hace mamá. La segunda y prima, que del árbol caduco pende es rama.
Lo que en tiempo de Felipe II y III, más de un guerrero visitó, prima y cuarta, es malla.
Cuarta unida a prima, que forma un cuadrúpedo, que habita en apartado clima es llama.
Tercera y cuarta que es mas que aldea y menos que ciudad es villa.
El todo, flor sencilla, que en nuestros prados crece es maravilla. (*La edad feliz*, 25 septiembre 1873).

Este ejemplo, nos permite ver que las charadas eran juegos de palabras muy ingeniosos que, de hecho, iban más allá de una adivinanza. Este tipo de juegos ayudaba para que, niñas y niños, pensarán y no sólo aprendieran una serie de conceptos de memoria.

Los imaginarios de los lectorcitos

En este segundo punto me interesa encontrar cuáles son los imaginarios que, de las niñas y de los niños, se dibujan en *La edad feliz*, ya que los lectorcitos no han dejado huellas que nos permitan conocer quiénes eran.

Algunos de estos imaginarios se encuentran en los versos. En uno de ellos, escrito por José Rosas y titulado “A una niña”, se descubre el imaginario de la niña y de la mujer, en donde la primera vive feliz y la mujer debe sufrir. Es por esto que el autor insiste en que la niña goce el momento y que no esté deseando el ser mujer: “vivir para ti es gozar, goza pues niña querida y deja de suspirar; no quieras apresurar la carrera de la vida” Continúa diciéndole: “Hoy dichosa como ayer goza tu dulce placer, pues muy pronto sufrirás porque al fin serás muger [sic] es decir mártir serás” (*La edad feliz*, 4 septiembre, 1873).

Este imaginario de nuevo se refuerza en un diálogo entre una madre y su hija, en el que le dice:

Hay placeres ignorados en esa edad todavía. Más son placeres que ansía el alma de una mujer. ¿No es bien hermoso en la escuela, escuchar cada mañana reglas de moral cristiana y practicarlas después?

[La niña responde:] Bello es jugar por el prado y perseguir mariposas y coger flores hermosas como aquellas que hay allí.

[La madre vuelve a hablar y dice:] Es la mujer en el mundo, ángel de amor y consuelo, que descendiera del cielo por la bondad del Señor. Si esta misión elevada sabes cumplir dignamente, tu corazón inocente rebosará de placer. Y bendecida adorada, sembrando siempre favores, nunca los crudos dolores llegarás a conocer.

[La niña responde:] Oh me engañas Madre mía, también lloras, te vi un día suspirar, mirar al cielo y con tu blanco pañuelo una lágrima enjuagar.

[La madre le dice:] Es verdad hija del alma. ¿Ves esas nubes de plata, esa franja de escarlata y ese cielo puro?

[La niña responde:] Sí.

[La madre termina por decir:] Pues si sufriendo paciente no te da el mundo consuelo, más arriba de ese cielo hay un lugar para ti. (*La edad feliz*, 2 octubre 1873).

Un verso nos acerca al amor de la madre. Está escrito por una mujer, de hecho es el único relato que está firmado por una mujer que es Josefa Massanés. Se titula “El beso materno” y ocupa media cuartilla. Inicia diciendo: “¿Qué valen las caricias, abrazos y besos si no son prodigados por maternal afecto?” Por medio del verso le hace ver al niño lo importante que es el que su madre esté a su lado, que lo acaricie, lo abrace y lo bese. Le dice que la madre es “la que vela siempre a tu lado con solícito cuidado y tu querer adivina. Su amor desinteresado, tan dulce tan sosegado, como el alba matutina” (*La edad feliz*, 18 diciembre, 1873).

Estos versos nos permiten advertir dos imaginarios. Por un lado, al de la niña que es feliz y vive sin preocupaciones y, por otro, al de la mujer quien, en cuanto crezca sufrirá. Al mismo tiempo, se habla de la madre tierna, dulce, cariñosa, cuyo amor siempre será desinteresado.

Diversos consejos, tanto para las madres de familia, como para niños y niñas nos acercan a otros imaginarios; como, el de los futuros hombres y mujeres, cuando a las madres se les recomendaba que “los juegos y ejercicios que se permiten a los niños deben ser adecuados a su edad y a su sexo”. Se enfatizaba en que debía procurarse que los niños, desde la primera edad, “sean fuertes, ágiles y animosos, combatiendo vigorosamente cualquier inclinación al afeminamiento por leve que sea”. En cuanto a las niñas se recomendaba que se les inclinara “a la modestia, al recato y a la ternura” (*La edad feliz*, 3 julio 1873).

En lo que se refiere a la educación, a los niños se les decía que deberían de censurar sus faltas y ser indulgentes con los defectos de los otros. Se hablaba también de formar un carácter fuerte para lo cual era necesario que siempre perseveraran en aquello que quisieran alcanzar y que no se dejaran vencer ni por amenazas ni por temores. En varias ocasiones se les decía que diariamente deberían de añadir “algo” al caudal de sus conocimientos (*La edad feliz*, 10 julio 1873). Estas ideas nos permiten ver otro imaginario, aquél del niño fuerte y estudioso que no debería de juzgar a su prójimo.

También los relatos nos acercan a algunos imaginarios, como en “La lección de la araña”. Aquí se relataba cómo una niña no había podido ir con su madre a una “visita” debido a que su nuevo traje se había desgarrado. La niña se enojó mucho; y la madre le enseñó cómo una arañita, cuya tela había sido destruida en la mañana por la escoba, se había puesto a hacer otra sin quejarse. La niña, entonces, entendió que en lugar de quejarse y perder el tiempo, debería sentarse a remendar su traje, para poder asistir a otra “visita” con su madre (*La edad feliz*, 9 octubre, 1873). Era así como este imaginario nos acerca a niñas trabajadoras que no perdían el tiempo en quejarse.

Otro imaginario más sobre las niñas, se teje a partir de un pequeño relato titulado “La niña y la muñeca”, se le hace comprender a las lectoras que la belleza física no es lo único que existe. Se le cuenta que una niña observaba y alababa a una bella muñeca. De pronto la muñeca habló y dijo: “Soy la imagen de otras niñas que de libros no se cuidan, que sus almas no cultivan, y que luego muy erguidas sólo sirven en la vida para moldes de modista”. Estaba escrita por El Barón de Andilla (*La edad feliz*, 9 de octubre de 1873). Es interesante ver cómo aquí el imaginario de la niña va a empezar a cambiar y, de hecho, se le recomienda que lea libros para que se “cultive”.

La lectura de *La edad feliz*, nos permite encontrar a algunos de los imaginarios que tejen entre versos, relatos, y consejos. Sin embargo, será necesario avanzar en la búsqueda de otros periódicos infantiles, para poder tener un panorama más completo sobre este segundo espacio de análisis que, en este artículo he esbozado.

Una última reflexión

Nos encontramos frente a un periódico infantil, el cual tiene un rico discurso que se estructura con base en la ideología propia del siglo XIX. Como bien apunta Michelle Perrot, se trata de un momento en que la literatura para la infancia va a ayudar para que niñas y niños se fueran formando dentro de lo que debería ser un buen ciudadano, un “ser social”. El niño y la niña no eran algo individual, sino que formaban parte de la nueva nación mexicana, formaban parte de una colectividad. Es por esto que se les deseaba proteger, disciplinar y educar.

Pero, ¿hasta dónde se le podía disciplinar y educar?, cuando el niño y la niña salían de sus hogares y asistían a un plantel escolar, entonces era posible disciplinarlo, educarlo. Sin embargo, si no salía de su hogar, ¿cómo se lograría llegar hasta ellos? Es por ello que considero que los periódicos infantiles atravesaron el espacio privado introduciéndose en los hogares mexicanos. Sus ideas permearon, entonces, un ámbito que en otras épocas había estado reservado únicamente para la cultura que podríamos llamar “familiar”.

Los periódicos infantiles fueron los que llevaron hasta las familias la cultura “escolar”, por medio de sus contenidos curriculares, en donde niñas y niños escuchaban o leían acerca de la geografía, historia del arte, historia de México, ciencias naturales, matemáticas y ortografía, principalmente. Era así como los “nuevos saberes” —que de hecho se impartían en los salones de clase— también eran practicados por padres o madres de familia e, incluso, en ocasiones también por los propios abuelos. El espacio familiar empieza, entonces, a enriquecerse con otra literatura, con la literatura infantil que proporcionaban estos periódicos.

Al lado de esta “cultura escolar”, en estas publicaciones también se incluían conceptos relacionados con la urbanidad o sea con las llamadas “buenas costumbres” ya que estos niños y niñas el día de mañana deberían ser aceptados por una sociedad que les exigiría cierto comportamiento. Estos intelectuales se preocupaban por el niño y la niña de manera integral, por lo que también se incluían relatos, consejos e ideas relacionadas con la buena alimentación, la higiene y la educación física. Estos tres ámbitos se identificaban con la necesidad de cuidar el cuerpo y de formar ciudadanos sanos y fuertes. Muchas veces quienes estaban encargadas de los cuidados sobre la alimentación y la higiene eran las madres de familia; ya que cada vez era más difícil contar con una nodriza. Así, las encargadas de alimentar a los pequeños desde su nacimiento, eran las propias madres de familia. De aquí que en este periódico, las madres también ocupen un lugar muy importante y que varios de los discursos se dediquen a ellas, con objeto de instruir las en los “nuevos saberes”. Esto nos responde la pregunta de ¿a quiénes iban dirigidas estas lecturas? En un principio podemos afirmar que a niños,

niñas y madres de familia. Sin embargo, también podríamos agregar a los padres de familia y a los abuelos y abuelas, ya que su participación se puede leer entre líneas, al analizar su contenido y sus imágenes.

Otra de las preguntas que ha guiado a esta investigación es ¿qué se esperaba de estas publicaciones? En lo que se refiere a *La edad feliz*, podemos decir que entre sus objetivos estaba el transmitir un “pensamiento nuevo”, para formar a los hombres y a las mujeres del mañana: bien educados, que supieran comportarse en sociedad, limpios y bien alimentados, principalmente. Su propósito era doble: instruir y divertir. Es interesante cómo en esta publicación se unen estos dos objetivos, con el fin de poder penetrar en el espacio privado, en el espacio familiar.

El ámbito de la diversión era muy amplio en este periódico. Es por esto que podemos decir que la infancia no sólo era un lugar de saberes, sino también de diversiones en donde, en ocasiones, se enseñaba a pensar por medio de la diversión, como en el caso de las charadas. Era así como se lograba romper la frontera entre el aprendizaje y la diversión, la cual permitía el desarrollo no sólo de la imaginación, sino también del ingenio infantil.

Por otro lado, dentro de este espacio también nos encontramos con cuentos que permitían que la imaginación de los lectorcitos volara a un mundo de hadas, duendes, genios y monstruos. Es así como sus propios imaginarios iban tejiendo otra realidad. De este modo, al lado de héroes de carne y hueso que aparecían en las lecciones de historia, también aparecían héroes imaginados, inventados, que permitían que niños y niñas soñaran con otras dimensiones que se tejían en medio de una tertulia organizada en derredor de una vela o de un quinqué. Esto durará hasta que en las casas mexicanas empiece a aparecer la luz eléctrica y, entonces, se pierda la tertulia familiar y la lectura en voz alta ya no tenga razón de ser.

En lo que se refiere a los valores que se transmitían por medio de *La edad feliz*, nos encontramos, por un lado, con un discurso que se estructuraba desde la religión, en donde los valores cristianos de la oración, el amor a Dios y al prójimo, y el perdón van a estar presentes. Sin embargo, al lado de éstos, también se iban construyendo otro tipo de valores que podríamos decir que se estructuraban dentro de una moral laica. Era así como nos encontramos con la justicia, la sabiduría, la obediencia y la amabilidad como nuevos valores que iban construyendo a una sociedad que, poco a poco, caminaba hacia la laicidad.

Dentro de esta nueva sociedad que se empieza a conformar, nos encontramos también con la construcción de nuevos imaginarios, que nos describen cómo se deseaba que fueran los niños y las

niñas de ese momento quienes, a su vez, serían los lectorcitos de estos periódicos y los ciudadanos/as del día de mañana. Se imaginaba a un niño fuerte, ágil, estudioso, que no juzgara a su prójimo y, sobre todo, que no tendiera a lo femenino. En cuanto a la niña, su imaginario se relacionaba con la felicidad que era algo característico de su edad, ya que en cuanto se desarrollara y se convirtiera en mujer, sufriría. También se le imaginaba como recatada, tierna, trabajadora y modesta. Algo que se encuentra en uno de los relatos es lo relacionado con la idea de que la belleza no es todo, por lo que se propone que también las niñas lean libros para que se cultiven. Se trata de una idea importante que, poco a poco, se va a ir desarrollando cada vez más, con objeto de que tanto niños como niñas, reciban la misma educación.

El análisis de este periódico infantil me lleva a afirmar que, durante el siglo XIX, la lectura era utilizada como un medio para que la instrucción llegara a un público más amplio. Esta idea nos acerca al presente y, sobre todo, ahora en que el año de 1999 se ha bautizado como “Año de la lectura”; pero, ¿cómo ponerlo en práctica? De hecho, es una excelente idea que, considero, podría funcionar por medio de la publicación de un periódico infantil cuyos contenidos apoyaran la lectura.

Estas publicaciones son más económicas que los libros y pueden llegar a un público más amplio. De aquí que, si estas ediciones existieron en el siglo XIX, ¿por qué no las podemos realizar de nuevo en el siglo XXI, con objeto de apoyar la lectura y la educación de nuestros niños y niñas mexicanos?. Sólo espero que esta idea tenga eco entre los lectores y lectoras de este artículo.

Mi propuesta es la de iniciar un proyecto, que nos permita la realización de un periódico infantil, cuya finalidad sea la de “divertir e instruir” por medio de la lectura. Me refiero a que la lectura sea el pretexto para la enseñanza de cualquier materia, o bien para convertir el ocio en instrucción. Finalmente, sugiero que este periódico llegue a niñas y niños de toda la república mexicana, con objeto de convertirlos en los “lectorcitos” del siglo XXI.

Referencias bibliográficas

Abramo Lauff, Marcelo y Yolanda Barberena (1998). *El estadio. La prensa en México (1870-1879)*, serie Antropología Social, México: INAH.

Aguirre, María Esther (1994). “Expresión de lo educativo en la prensa mexicana del siglo XIX”, en Luz Elena Galván et al (coord.), *Memoria del Primer Simposio de Educación*, México: CIESAS.

Altamirano, Ignacio M. (1949). *La literatura nacional. Revistas, ensayos, biografías y prólogos*, tomo I, México: Porrúa.

Ariès, Philippe (1987). *El niño y la vida familiar en el antiguo Régimen*, Madrid: Taurus. (En francés, *L'enfant et la vie familiale sous l'ancien régime*, París: Seuil, 1960 y 1973).

Bazant, Mílada (1988). "Lecturas del Porfiriato" en Seminario de Historia de la Educación, en *Historia de la lectura en México*, México: El Colegio de México/Ediciones el Ermitaño.

Bazant, Mílada (1993). *Historia de la educación durante el Porfiriato*, México: El Colegio de México.

Bermúdez, María Teresa (1988). "Las leyes, los libros de texto y la lectura, 1857-1876", en *Historia de la lectura en México*, México: ediciones Ermitaño/El Colegio de México.

Caspard, Pierre (1998). "La infancia, la adolescencia, la juventud y la escuela: problemas actuales de la historiografía". Conferencia presentada en el CIESAS, el 30 de octubre.

Cavallo, Guglielmo y Roger Chartier (1998). *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Madrid: Taurus. (En francés, Seuil, 1997).

Corbain, Alain (1991). "El secreto del individuo", en Philippe Ariès y Georges Duby, *Historia de la vida privada*, Madrid: Taurus, vol. 8. (En francés, Seuil, 1987).

Chartier, Roger (1991). "Las prácticas de lo escrito", en Philippe Ariès y Georges Duby, *Historia de la vida privada*, Madrid: Taurus, vol. 5. (En francés, Seuil, 1987).

Chartier, Roger (1992). "El mundo como representación", en *Historia cultural: entre práctica y representación*, Barcelona: Gedisa.

De Mause, Lloyd (1975). *The History of Childhood*, Nueva York: Harper Torchbooks.

Diccionario Porrúa de Historia, Biografía y Geografía de México (1995), sexta edición, México: Editorial Porrúa, 4 tomos.

Enciclopedia de México (1993). México: Sabeca International Investment Corportion c/o Encyclopedia Británica de México SA de CV, XIV tomos.

Galván, Luz Elena (1985). *Los maestros y la educación pública*, ver "Secretaría de Economía 1956:239, México: CIESAS.

Galván, Luz Elena (1999). *Una historia de maestros y escuelas rurales en Querétaro (1920-1940)*, manuscrito, México: CIESAS.

García Cubas, Antonio (1978). *El libro de mis recuerdos*, México: Patria. (colección México en el siglo XIX).

Gonzalbo, Pilar (1996). "Mitos y realidades de la educación colonial", en *Educación rural e indígena en Iberoamérica*, México: Colegio de México/UNED.

Lyons, Martin (1998). "Los nuevos lectores del siglo XIX: mujeres, niños, obreros", en Cavallo y Chartier, *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Madrid: Taurus. (En francés, Seuil, 1997).

Matute, Álvaro (1981). *La teoría de la historia en México 1940-1973*. México: Sep-Setentas/Diana.

Mc. Kenzie, D.F. (1986). *Bibliography and the sociology texts*, Londres: The British Library. (Citado en Cavallo y Chartier, *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Madrid: Taurus, 1998, pp. 13-14).

Méndez Salazar, Vianey (1999): *Educación e higiene en Toluca a fines del siglo XIX*, tesis de maestría en Ciencias de la Educación, ver "Gaceta de Gobierno" y "Boletín Pedagógico", México: ISCEEM.

Pani, Arturo (1954). *Ayer*, México: Stylo.

Perrot, Michelle (1991). "La familia triunfante", en Philippe Ariès y Georges Duby, *Historia de la vida privada. La Revolución francesa y el asentamiento de la sociedad burguesa*, Madrid: Taurus, vol. 7. (En francés, Seuil, 1987).

Pollok, Linda (1983). *Forgotten children: Parent-child relations from 1500 to 1900*, Cambridge: Cambridge University Press.

Prieto, Guillermo (1992). *Memorias de mis tiempos*, presentación y notas de Boris Rosen; prólogo de Fernando Curiel, México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, tomo I.

Ríos Zúñiga, Rosalina (1995). *Educación y transición en Zacatecas. de la colonia al México independiente*, tesis de maestría en Historia, México: Facultad de Filosofía y Letras-UNAM.

Sotomayor, Arturo (1990). *La ciudad antigua de México. Siglos XVI-XX*, México: Bancomer.

Thompson, Angela (1990). *Children in family and society. Guanajuato, México: 1780 to 1840*, disertación presentada para obtener el doctorado en Filosofía en la Universidad de Austin, Texas.

Vázquez de Kanuth, Josefina (1970). *Nacionalismo y educación en México*, México: El Colegio de México.

Villegas Abelardo (1972). *Positivismo y porfirismo*, México: Sep-Setentas, núm. 40.

Zermeño, Guillermo (1996). "La retórica del amor romántico: familia y matrimonio en León, 1884-1907. El caso de Toribio Esquivel Obregón", en Pilar Gonzalbo (coord), *Familia y vida privada en la historia de Iberoamérica*, seminario de Historia de la Familia, México: El Colegio de México/UNAM.

Recepción del artículo: 10 de septiembre de 1999

Aceptado: 12 de marzo de 2000